



Íconos. Revista de Ciencias Sociales
ISSN: 1390-1249
revistaiconos@flacso.org.ec
Facultad Latinoamericana de Ciencias
Sociales
Ecuador

Dávalos A., Pablo
Diálogo y poder: los simulacros de la democracia
Íconos. Revista de Ciencias Sociales, núm. 11, julio, 2001, pp. 6-16
Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales
Quito, Ecuador

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=50901101>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Diálogo y poder: los simulacros de la c

Pablo Dávalos A.*

Introducción

A mediados del mes de febrero de 2001, el entonces presidente de la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador, CONAIE, Antonio Vargas, decía en un tono irónico al presidente de la república, Gustavo Noboa, que la CONAIE le garantizaba el cumplimiento de su mandato constitucional. Lo paradójico de la situación es que el presidente de la CONAIE expresaba esto al presidente de la república en el mismo palacio de gobierno y en presencia del gabinete presidencial en pleno. La declaración del presidente de la CONAIE no era un exabrupto, ni se constituía en un

ten
ent
cor
dos
ne
pau
Jan
“M

lec
mo
lo a
der
ent
lít
rad
tur
J

abierta la vía a la confrontación, al bloqueo y a la imposición autoritaria de la voluntad de los actores sociales y políticos. Lo que en realidad está en juego cuando se asume el diálogo como opción política es la posibilidad de recrear la democracia, reconociendo la diversidad y pluralidad de intereses de los actores y generando nuevas posibilidades a futuro, en las cuales un eje fundamental está dado, sin duda alguna, en el diálogo.

La conformación del interlocutor: el levantamiento indígena de 1990 y los procesos de diálogo

Las “mesas de diálogo” nacen —o más bien se inscriben como un mecanismo de procesamiento político de conflictos entre los indios y el gobierno— a partir del levantamiento de 1990, aunque el formato de “mesas”, es decir, espacios físicos y operativos con una metodología particular y bajo un esquema determinado previamente, solo se constituye formalmente en 1999 en el gobierno de Jamil Mahuad. En 1990, la forma que asumieron estas mesas fue la constitución de una “comisión mediadora”, generalmente conformada por miembros de la Iglesia Católica y dirigentes de la

dios como interlocutores, en virtud de su nivel de capacidad de convocatoria. Con el poder, los indios necesitan primero validarse como actores, validar su proyecto, demostrar de que su objetivo es legítimo, que su proyecto, en fin, se da —contra— la estructura de poder existente. El diálogo es una estructura de poder en su proyecto, y en consecuencia, una prudente flexibilización.

Empero, en la década de 1990 existen aspectos estructurales para comprender el movimiento indígena. Los indios estarán presentes, casi siempre, en los levantamientos posteriores a 1990.

En los 16 puntos presentados en 1990 como “mandato” —que se articularía el primer punto— los indios sumaron —incluida aquella víctimas de la represión— que involucraba a

sista, como la resolución de los conflictos agrarios, la condonación de deudas con el Foderuma y el Banco Nacional de Fomento; demandas de tipo político como la declaratoria del Estado Plurinacional; y demandas de tipo social, como aquella del congelamiento de los precios.

Esta será una constante en los diferentes “mandatos” de los levantamientos a lo largo de la década de los noventa. A medida que el movimiento indígena se constituye en un actor político referencial, prioriza de manera estratégica las demandas de tipo social –que involucran al conjunto de la sociedad– por sobre las demandas de tipo étnico. La agenda étnica da paso a una visión política que es concomitante con el proceso de transformación política del movimiento indígena ecuatoriano. Detrás de esta visión está la intención de constituirse en un actor referencial para el conjunto de la sociedad. Para ganar legitimidad y posibilitar esa transición de actor étnico hacia sujeto político, las demandas sociales se privilegian por sobre las demandas étnicas y de clase. Ello se evidenciará en los levantamientos de 1999, en el levantamiento del 21 de enero de 2000 y en el más reciente de febrero de 2001.

Existe otro aspecto fundamental en el proceso de levantamiento y diálogo en 1990 que será una constante a todo lo largo de la década: desde el le-

Quizá por ello la coincidencia de fechas en 1990 sea reveladora: el diálogo con los indígenas empezó el 7 y 8 de junio de 1990, las elecciones a medio periodo fueron una semana después, el 17 de junio. ¿Cómo afectó el levantamiento indígena al proceso electoral? La observación de cómo se desarrollaron las elecciones y de quiénes fueron los ganadores de este proceso, lleva a la conclusión de que el levantamiento y el posterior proceso de diálogo, al menos en forma directa, no introdujeron cambio alguno en el sistema de representación política, en la formulación de sus discursos, ni en la readecuación de sus tácticas. En efecto, el partido político que emergió como el triunfador de esas jornadas electorales fue el partido de oposición, el derechista Partido Social Cristiano, que había tenido una posición política identificada con los terratenientes y las facciones más radicales de las elites en contra de los indios durante el levantamiento.

Sin embargo, cabe anotar que la presencia de un acto electoral en el horizonte temporal del levantamiento sirvió precisamente para descalificar al levantamiento indígena². Es curioso el hecho de que el entonces presidente de la república haya hecho una campaña de manera explícita y desde el poder para fortalecer la posición electoral de su partido político, la Izquierda Democrática, y al

coordinación de obreros. El acontecimiento cuando el levantamiento obrero utilizó como argumento, la convocatoria hecha por el Frente

Por otro lado, la ruptura de la Izquierda Democrática de la Izquierda Democrática u otra, habría dado lugar a la transferencia de poder a las demandas populares, lo que era posible con la convocatoria a marchar y a la huelga. En el contexto de los pueblos indígenas, la existencia de una unidad entre el Estado y las naciones indígenas generó una inmediata respuesta política, de carácter de poder. El Estado es indivisible.

Pero la ruptura de 1990 había sido una mítica en su forma clásica. La unidad del Estado y las naciones indígenas en 1990, era imposible al traer a la luz pública los hechos; además, in-

ma que asumió el “diálogo” –a mediados de 1990– entre gobiernos e indios sea la forma de conceptualizar el Estado-nación. En realidad se trató de un diálogo de sordos, de un desencuentro que se enmascaró dentro de las estrategias políticas de ese entonces. Pero la idea del “diálogo” como posibili-

ese
dac
par
ció
par
pla

dad política y como forma procedimental de la democracia quedó planteada en el escenario político.

ele
El
pol
de
dac

El diálogo como hermenéutica comunitaria

Si bien el diálogo tiene una forma procedimental que acerca posturas diferentes, que busca acuerdos, que armoniza disonancias, también es cierto que la misma noción de diálogo parte de una determinada concepción del mundo, de una verdadera hermenéutica cuyas pautas epistemológicas y nociones de sentido están dadas justamente por

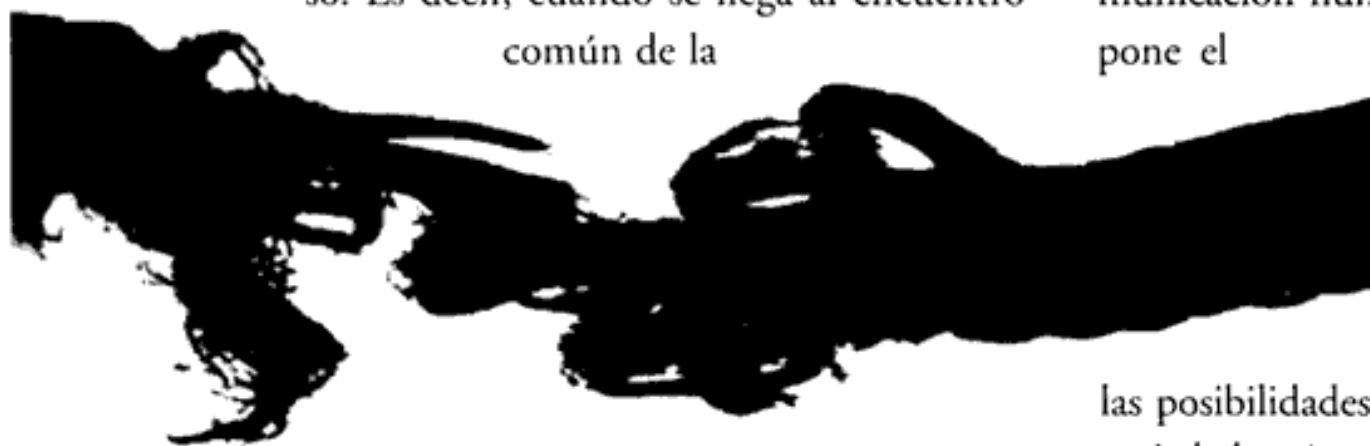
les
tal
tru
alg
cor
yor
da
voz
bié

En la concepción indígena andina, el hombre por su misma condición ontológica de *runa*, remite a lo sagrado al igual que lo hace la tierra (*pachamama*). La voz humana y el encuentro de la voz humana también releva esa sacralidad, esa concepción unitaria del hombre y su entorno, así como al mismo hombre y su historia.

Es por ello que los espacios de diálogo no se agotan sino cuando la comunidad llega al consenso. Es decir, cuando se llega al encuentro común de la

ción se inscribe en el resultado final. Ese resultado final es la realidad que los que asumieron

Es por ello que acompaña siempre la propuesta de transformación a la comunicación humana. pone el



palabra humana bajo las posibilidades de un referente y de una significación socialmente aceptadas. Cuando la comunidad ha abierto el espacio del diálogo, se abre dentro de su concepción del tiempo circular, una especie de tiempo dotado de nuevas significaciones, aquellas por las cuales la comunidad se constituye como una unidad de tipo histórico, cultural, pero también política e incluso ontológica.

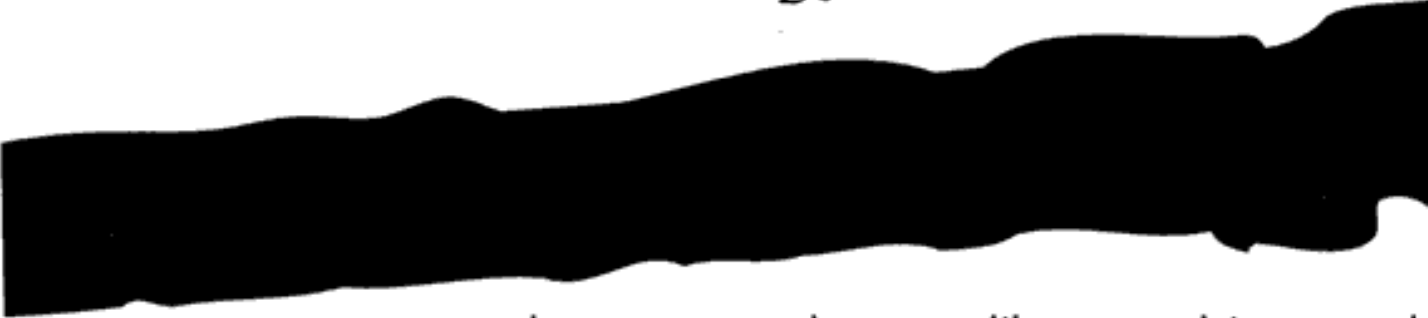
Con riesgo a exagerar, puede decirse que el

las posibilidades de la sociedad está pe

Por ello, el e
goriales —aquella
del *homo econom*
bles de comunic
diálogo es un m
tible de ser ins
dentro de una e
de convertirse e
instrumento qu
regias en funció

están totalmente alejadas de las nociones de política, ciudadanía y poder que existe al interior de la comunidad.

Es necesario, entonces, una reflexión más elaborada sobre esas condiciones de tipo más epistémico sobre la construcción de sentidos sociales de comunicación que emergen desde la modernidad, y aquellas relacionadas con los pueblos y los sectores que por diferentes razones estarían fuera de esa modernidad. De

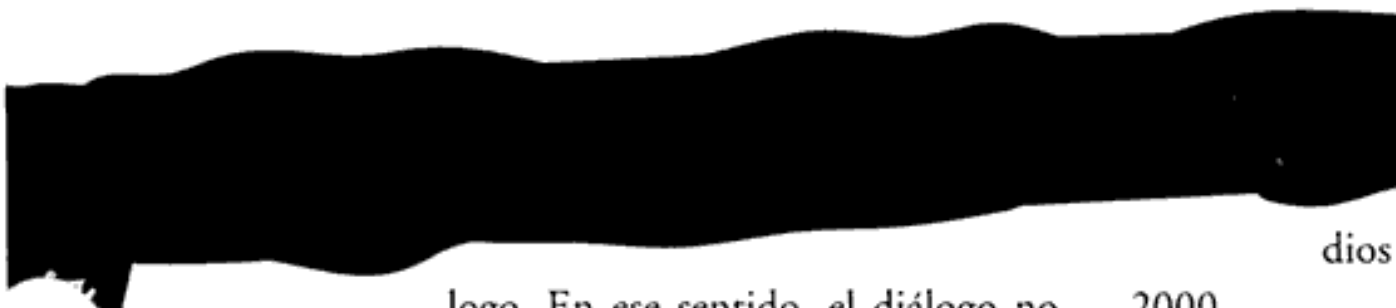


todas maneras, se plantea un dilema complejo para nuestra sociedad ¿Dialoga el ciudadano? ¿Se comunica? ¿Cómo empatar, dentro de un mismo proceso de construcción democrática, la episteme de las comunidades andinas y la de las sociedades urbanas y modernas? ¿Cómo conciliarlas? ¿Cómo construir un diálogo que nos acerque, que nos construya en la diferencia y que nos permita reconocernos a nosotros en los otros?

Acción estratégica y acción política:

forma de “comprar” tiempo político, sumergiendo a los indios en una serie de dilataciones, malentendidos y subterfugios legalistas. Uno de los actores fundamentales de ese proceso expresa: “Desde que se inició el diálogo con el gobierno ha habido entorpecimiento permanente, lo que llevó a la ruptura; no ha existido honestidad; el gobierno no ha cumplido con los compromisos que se comprometió el momento en que se abrió al diá-

En la coyuntura de Desarrollo A de diálogo sino m za y confrontaci En 1999, las m Mahuad se cara intrascendencia. camente al gobi proyectar a los i



logo. En ese sentido, el diálogo no ha sido un mecanismo que busca soluciones. Por el contrario, el régimen lo ha utilizado para amortiguar la protesta del movimiento indígena”⁶.

El diálogo como instrumento que posibilita una estrategia de poder, tal ha sido la constante desde la coyuntura de 1990. En efecto, a propósito de las mesas de diálogo instauradas a partir del levantamiento de febrero de 2001, Ricardo Ucuango, vicepresidente de la CONAIE y protagonista central de este proceso, expresa: “si el gobierno no da una respuesta hasta esta fecha –fines de junio de 2001–, quiere decir que la propia administración está dirigiendo sus pasos hacia el rom-

dios

2000.

El espacio al rrarse de maner de esa manera s sistema político der imperantes. der, el diálogo, a se utiliza de ma la capacidad de sus posibilidades ese sentido, la tendrían los día febrero de 2001

dios. Al igual que en oportunidades anteriores, el diálogo fue un mecanismo *ex post* a un levantamiento indígena, es decir, en todo este periodo, que se inicia desde 1990, el diálogo como forma procedimental de la democracia que posibilitaría la resolución de conflictos sin llegar al bloqueo, a la negociación desde posiciones maximalistas, o a la indiferenciación de los interlocutores, no logra consolidarse, no logra permear la estructura del sistema político, no logra entrar dentro de esa estructura y provocar cambios, o al menos sugerirlos.

Pero este proceso de diálogo presenta particularidades que ameritan una reflexión más detenida. Entre estas particularidades podemos resaltar las siguientes:

- a. Las mesas de diálogo abiertas en febrero de 2001 excluyen en la forma y en el contenido la participación de otros actores sociales y otros movimientos. Es la primera vez que se constituye este fenómeno de exclusión provocado desde el mismo movimiento indígena. En ocasiones anteriores, siempre estuvieron representantes de otros actores sociales, especialmente aquellos vinculados a la Coordinadora de Movimientos Sociales, un conjunto de actores cuyas demandas y formas de organización no se adscriben a lo étnico. La paradoja radica en que la agenda de las mesas de diálogo

nes nacionales indígenas la que excluyó a otros actores sociales de las mesas de diálogo. Puede decirse que la exclusión a otros sectores, fundamentalmente la Coordinadora de Movimientos Sociales, fue el precio que la CONAIE pagó para mantener la unidad organizativa del movimiento indígena.

- d. El diálogo empieza a agotarse como forma y empieza a convertirse en mecanismo de transacción y negociación política de los indios. La sociedad percibe a los indios como un actor fundamental que tiene una gran capacidad de movilización pero que en última instancia negociará en función de sus propios intereses y no en función social. El diálogo que los indios plantean se mira como un proceso particular que no involucra a toda la sociedad. En el imaginario social, se considera que los indios tienen su propia agenda y sus propias prioridades, y el diálogo es el mecanismo que los indios han estructurado para negociar esta agenda.
- e. Por parte de los indios, existe la percepción de que las mesas de diálogo son intrascendentes para alcanzar acuerdos normativos. Desde que se inició el proceso de las mesas de diálogo, el gobierno ha tenido mayor libertad de acción y de gestión para imponer sus políticas de ajuste y de reforma estructural de carácter neoliberal.

exista la menor posibilidad de exclusión indígena.

- f. El formato de las mesas de diálogo desde sus inicios las ha limitado a negociaciones técnicas. En primer lugar, la exclusión de la comisión técnica impidió que se mirara todo el proceso desde los puntos de vista de los actores involucrados cada una de las partes. En segundo lugar, la comisión técnica encargada de la implementación de las políticas de ajuste. Tal estrategia limitó la capacidad de la que los propios indios negociaran los puntos en los cuales los indios negociaran sus intereses dentro del movimiento— eran negociaciones técnicas. La comisión técnica encargada de la implementación de las políticas de ajuste formal de aplicación de las políticas de ajuste a una serie de impactos de las políticas de ajuste al mismo movimiento indígena. En tercer lugar, la manera en que se negociaron sus prioridades y sus prioridades fueron los mismos. En cuarto lugar, la iniciativa y el poder. Desde el inicio de las mesas de diálogo, los indios fueron los que se negaron a aceptar la descripción a la que se les sometió. Los indios negociaron

forma política del Estado, que está en pleno proceso de discusión, solamente hablará en aquellos términos definidos desde el poder. Los indios, luego del proceso del 21 de enero de 2000, mediante el cual deslegitimaron a todo el sistema político, pusieron en el centro del debate la necesidad de discutir la reforma política del Estado desde los contenidos de la plurinacionalidad y la interculturalidad. Sin embargo, en la agenda constituida para las mesas de diálogo, no consta en absoluto la más mínima referencia sobre la necesidad de discutir esa reforma política. Asimismo, en la agenda tampoco consta la discusión del modelo económico vigente, signado por la imposición neoliberal. En definitiva, los indios se autoexcluyeron de un debate que forma parte fundamental de su proyecto político.

Conclusiones

Las mesas de diálogo son un proceso contradictorio, paradójico. Son parte de nuestro tiempo político e implican posibilidades y también amenazas. Los procesos de diálogo en los cuales los indios han jugado un rol fundamental se presentan ahora bajo un esquema diferente, aquel de la exclu-

buy
ses
nue
res,
per
tica
ma
diál
en l
ries,
de l
de l
diál
des
sent

ind
cun
det
por
gen
liza
den
par
dio
de
to t
rá